

El Motín



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

AÑO XV. MADRID 9 MARZO 1895. NÚM. 10.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

EL DIOS DE LOS POBRES

Hace algún tiempo leí estas líneas:

«Quitar á los pobres, á los miserables, á los dolidos su esperanza y su consuelo, robar á los hombres su Dios, dándoles en cambio la duda y la desesperación, sería el colmo de las infamias.»

Lo sería, sí; opino lo mismo. Mas para robar una cosa es preciso que exista, y el Dios de los pobres no existe. Por lo menos, yo no sé dónde está, ¡ay! ni ellos tampoco.

Mi primer impulso al leer aquellas líneas de Zeda, pseudónimo que usa un escritor distinguido, fué escribir estas, ú otras parecidas, ya que soy uno de los que tienen derecho á darse por aludidos:

«El colmo de la infamia no sería ese, sino el haber inventado un Dios con la mira egoísta y criminal de que los pobres se resignen á sufrir en silencio el hambre, el frío, la injusticia, por la esperanza de alcanzar en otra vida la dicha que disfrutan en ésta los que generosamente les regalan ese Dios.»

Porque es una crueldad inaudita, con honores de sarcasmo, el inventar para los que nada tienen un Dios que nada les da ni para nada les sirve, y en cambio les quita energía para el esfuerzo.»

Mas como resistí al primer impulso, hoy, con tranquilidad perfecta, me limito á decirle á Zeda:

«No quiero discutir con usted la existencia de Dios; la admito desde luego. Mas como no sé donde está y anhelo verle, vamos á buscarle.»

Penetremos en una de esas habitaciones donde mucho antes del amanecer se ven sentadas tres ó cuatro mujeres, afanadas en una labor suicida que sólo interrumpen una vez al día para tomar á toda prisa un alimento insuficiente, y que la dejan para caer rendidas sobre la cama poco antes de media noche. ¿Es aquí donde está el Dios de los pobres?

Abriémoslos bien, vayamos á las siete de la mañana al Manzanares, y busquemos ese Dios entre los témpanos de hielo y la humedad de la niebla; destapemos los miserables cestos en que las infelices lavanderas llevan la comida, y á ver si lo encontramos entre aquellos mendrugos de pan duro, aquellas sardinas saladas y aquellas piltrañas de una carne inverosímil que se agrupan en el fondo. ¿No está aquí tampoco?

Pues apostémonos una de estas madrugadas de nieve, lluvia y ventisca en las afueras de la población, y veamos entrar á los hombres, mujeres y niños que afluyen de los pueblos inmediatos, soñolientos, débiles, calados y tiritando, conduciendo productos para el consumo de los que en aquel instante descansan tranquilos en alcobas confortables, precisamente por no tener ni relaciones remotas con el Dios de los pobres. ¿Viene con ellos acaso?

Corramos al campo, y busquemos las huellas del paso del Dios de los pobres en los surcos endurecidos por la escarcha, en los rastros quemados por el sol, en los pantanos que exhalan miasmas de muerte; registremos cuidadosamente la tierra removida; agucemos el oído para oír su voz en cada golpe del azadón que, ya al caer la tarde, rendido por la faena de todo el día, da el infeliz jornalero. ¿Se vé en alguno de esos sitios?

A las minas no bajemos, porque allí de seguro no está. La humedad, las tinieblas y el grisú alejan hasta la idea de que nadie haya tenido la osadía de inventar ese Dios.

Subamos á las bohordillas, bajemos á las chozas, y

en ninguna parte encontraremos ni huellas de ese Dios, á no ser que lo admiremos en la resistencia que tiene el organismo humano para soportar por mucho tiempo los dolores más grandes, las privaciones más terribles, cual si se tratara de que fuese más duradero su martirio.

No, por ninguno de esos sitios ha pasado Dios, ni el diablo siquiera; porque el diablo, aun cuando sea con la perversa intención de perder las almas, se cuida de que los cuerpos se mantengan en buen estado de conservación para que la carne tenga más ansia de pecar y no haya medio de que se salve.

¡El Dios de los pobres! Dejemos de buscarlo, culto Zeda, por esas habitaciones sin pan, sin lumbre, sin muebles, donde los niños tiritan desfallecidos, las madres lloran nerviosas, los hombres blasfeman desesperados, pues no encontraremos un rincón siquiera que atestigüe que por allí pasó; y hagamos que lo llaman y lo invoquen los que lo necesitan.

Llámalo tú, madre que no puedes darle pan á tus hijos; llama á ese Dios de tu propiedad, llorando, arrodillada, con las manos juntas, como quieras, en fin, y si acude bondadoso á remediarte, maldice de todos los que procuramos quitártelo.

Junta tus manecitas é invócalo, niña inocente, para que salve á tu madre que agoniza por no haber comido nada en muchas días á fin de que tú comieras algo, y si se te aparece, pídele que confunda á los que negamos su existencia.

Dile que venga á verte, tú, obrero que cruzas los brazos inactivos sobre el pecho y fijas tu mirada melancólica en el grupo que forman tus escuálidos hijos tendidos sobre un maltrecho jergón, estrechándose unos contra otros para ver si pueden entrar en calor; y si acude, asesina al primer impio que encuentres al paso, por haber arrancado la fe de tu pecho.

Más no haya temor de que asesine el obrero á ningún impio, ni la niña pida que lo confundan, ni la madre que lo maldigan, porque el Dios de los pobres no existe, y harto lo saben ellos. Como saben además, que, en tanto que les hablan de las excelencias de la otra vida, ellos van desfilando en fúnebre y continua procesión al cementerio antes de cumplir el plazo fatal que por término medio ha marcado la naturaleza á la existencia humana; y que hoy es una joven anémica, mañana una madre que se quedó sin sangre por dársela á su hijo, pasado un niño que no pudo nutrirse, y todos los días jóvenes tísicos, hombres estenuados... ¿Cuántos son? ¿Quién los cuenta? ¿Quién los ve siquiera?

No, Zeda; no, y mil veces no. El que quita á los pobres la esperanza en la otra vida, los deja como están; no, los deja mejor, porque les enseña á buscar en esta lo que únicamente encuentran los que les regalan aquella.

Y esto no es pedir satisfacciones de apetitos, ni desbordamiento de pasiones; es sencillamente poner á los pobres en condiciones de creer que Dios existe, aun cuando no sea tal como se lo pintan.....

Entristece el ver á hombres de inteligencia privilegiada poniéndose al servicio de ideas cuya ineficacia es patente, contribuyendo así á que el error y la ignorancia se perpetúen.

No conozco personalmente á Zeda; mas por lo que de él leo, sé que es hombre ilustrado. ¿Cómo, pues, no ha de extrañarme el que forme coro á la turba de escritores neos que piden siempre inspiración al pesebre, aun cuando éste sea aquel de Belén? ¿Qué les deja á los mal olientes y grotescos clericales si se mete en su terreno? Por conmiseración, por no quitarles el pan, debería permitirles cultivar solos la especialidad de escoger adjetivos de mal gusto para aplicárselos á los que declaran noblemente que no creen en nada de lo que se ha inventado para explotar y dominar á las multitudes.

Digno de él, como digno de todos los que tenemos una pluma que mover ó una palabra que pronunciar, sería el llevar consuelos reales, esperanzas factibles y soluciones prácticas á esas multitudes que derraman gota á gota su sangre y dejan girón á girón su carne en la lucha por la existencia; tan digno, como indigno es el ponerse de parte de los que les han arrojado el hueso de la otra vida para que se pasen esta royéndolo.

Porque ¿á quién aprovechan las virtudes del pobre, suponiendo que sean virtudes la resignación suicida y la ignorancia criminal, sino á los que le ofrecen otra vida para ellos acaparar esta? Tomada la cuestión en este sentido, no digo un Dios, habría que inventar veinte ó treinta y adjudicárselos á los pobres.

Uno es ya poco; la fiera, entretenida hasa ahora con huesos, pide carne, y hay que arrojársele, ó crear Dioses en número suficiente para contenerla.

Lo repito, Zeda: el que les quita á los pobres su Dios, no les deja en cambio la desesperación y la duda; por el contrario, les incita al trabajo que dignifica, á la lucha que fortalece, diciéndoles que nada en el mundo se logra por otros medios que por la fatiga individual y por el esfuerzo colectivo; les arranca de cuajo esa enervadora confianza en la intervención de poderes sobrenaturales que los apartan de lo único que puede salvarlos; y no les ofrece billetes de la lotería de la Eternidad, para que no se abandonen, como el que juega á la Nacional, á la enervante y falsa esperanza de hallar la dicha fuera del alcance del propio esfuerzo.

¡Compasión para todos los infelices, Zeda! Ya que carezcan de pan, no les quitemos los medios de obtenerlo predicándoles una resignación de corderos reñida con la dignidad humana, contraria á los fines de la naturaleza, y útil sólo para los que vienen al mundo con la misión de vivir á costa del trabajo ajeno.

Comprendo que á través de los cristales de sólido palacio episcopal cuyas habitaciones templán los troncos de encina que arden constantemente en las chimeneas, se alabe á un Dios que así vela por sus elegidos; más no que nosotros, usted y yo, y cuantos de nuestro trabajo vivimos, les hagamos coro, y en vez de animar á los pobres para que busquen en sí propios lo que ningún Dios ha de darles, los perturbemos con paradojas y los enervemos con mitos.

¡Maldito sea una y mil veces el que inventó el Dios de los pobres, porque ese condenó á generaciones enteras á arrastrar una existencia miserable, apartándolas de los únicos senderos por donde pudieron llegar á su redención; el trabajo y el estudio! ¡Maldito, sí, porque puso en manos de los hombres sin conciencia un arma terrible que sin cesar esgrimen contra los desventurados!

JOSÉ NAKENS.

LA CASA DE DIOS

El átrio de la iglesia, un baratillo donde se expende mística quincalla y atraen el rosario y la medalla al marchante devoto con su brillo.

En la nave, la mesa y el cepillo, el alma en pena de grosera talla, y la dama elegante que en la malla de la piadosa red prende el bolsillo.

Disfrazada de fe la granjería, de piedad el negocio disfrazado, el templo llenan, y Jesús tendría que romper muchos látigos airado, si, volviendo á la Tierra, pretendía verlo de mercaderes despejado.

CUADROS DE GENERO

Al leer los escritos de *Un Católico Rancio*, me digo: «¡Qué lástima que un hombre de tan buen sentido sea católico! Merecía tener el honor de ser impio.» Aunque, bien mirado, perdería, si lo fuera, bastante autoridad lo que dice.

Para mí ha sido una verdadera mina ese señor. Precisamente por ser católico frecuente los templos, cosa que yo no hago, (gracias á la divina Providencia), y me entera de lo que en ellos ocurre en asuntos pornográficos, metálicos y teatrales; y así puedo yo luego transmitir la noticia á mis piadosos lectores, para que perseveren en su honrada impiedad, al par que se distraen y regocijan. Y de este modo sencillo, él por amor á la religión de nuestros mayores, y yo por algo que se parecería al odio si no me produjese tanta alegría, coincidimos en muchas cosas, como todos aquellos que buscan la verdad, aunque partan de puntos diversos.

Pero hasta ya de preámbulo.

En el último artículo que ha publicado, y bajo el significativo título de *Trapacerías*, dice cosas de una verdad innegable, entre ellas, «que ha visto los templos desiertos en los días de Carnaval y aun el miércoles de Ceniza; que en ninguno vió reunidas más de cincuenta personas, viejas en su mayor parte, algún achacoso y muy contadas beatas de las de buen ver que van á la Casa de Dios con su cuenta y razón; que del Oratorio del Caballero de Gracia, en donde estuvieron las Cuarenta lloras, vió salir mujeres que, terminada la vela al Santísimo, despojáronse precipita-

EL MOTIN



Lo que haría Cristo si volviese á la Tierra y viera el gran papel que representa el dinero en sus templos.

damente del escapulario y más que de prisa se encaminaron á ver las máscaras, unas á pie y otras en carruaje; y que, por lo tanto, no es verdad que el sentimiento religioso esté muy arraigado en España como aseguran prelados, frailes, sacerdotes, obispos de levita y escritores que se engalanan con el nombre de católicos.»

Truena después, lamentándolo tanto como yo lo celebro, contra el *Bombo piadoso*; y aludiendo al que se ha propinado en los periódicos el cura de San Luis con motivo de la novena á la virgen de Lourdes, dice que no parece sino «que se trata de espectáculos que se inauguran, ó de unos cómicos que hacen su presentación al público y desean buenas entradas para su teatro.»

Un poco más adelante se ocupa de los predicadores, y afirma que vió á un cura Pinilla en la parroquia de la Almudena liarse con el tercer enemigo del alma, (lío muy sabroso por cierto, según mi leal saber y entender) y «que dejó ahitos de carne á sus contados oyentes, sin cuidarse de producirles una indigestión por ser tan viejos, en su mayoría, que ni con el auxilio de dientes postizos pueden mascarla;» añadiendo:

«Es por demás curioso el hecho de que, salvo muy contadas excepciones, en cuanto un predicador habla de la impureza como si experimentara sensaciones agradables en lo que dice, manosea el tema en todos sentidos, y sin cuidarse de los daños que puede producir, ni del respeto que se debe al auditorio, suelta frases y conceptos que no le serían tolerados en una reunión de personas cultas, y menos formando parte de ella jóvenes de uno y otro sexo que apenas si han entrado en la pubertad y que pueden aprender muchas cosas que por fortuna suya siguen ignorando.

Entiendo que sería muy saludable para todos, que esos predicadores moderasen su lenguaje y salvaran, con la destreza que reclaman la caridad para con el prójimo, la buena crianza y el propio decoro, los escollos de que se hallan erizados temas en que se haya de exponer el pecado de impureza.»

Son muy sustanciosos los dos parrafitos anteriores, mas no me atrevo á comentarlos por no armarme también un lío, y exponerme á que me diga *Un Católico Rancio* que no soy culto, ni bien educado, ni tengo crianza ni decoro; vamos, que me confunda con un predicador al uso, comparación que me ofendería sobremanera.

Hablando un poco más adelante de la devoción á los Sagrados corazones de Jesús y María, y que no se sabe aún en qué consiste, dice que los cuadros y estatuas que la representan son verdaderas desdichas del arte, escribiendo:

«Viendo al Cristo, cualquiera dirá que es la propia imagen de un tenor de ópera; todo en la figura es impropio y amanerado; en el arreglo de aquellos bucles formados con sus cabellos y en el recorte de las barbitas de color de oro viejo, debió emplear buen espacio de tiempo un peluquero; el rostro parece estar embadurnado con afeites baratos; el ropaje es de lo más chillón que puede imaginarse, y la postura y la expresión indican que la imagen espera que la batuta del director de orquesta le indique el tiempo en que debe atacar las primeras notas de un aria; la otra figura, la de María, puede compararse á la de una tiple ligera, en el momento en que expresa al galán, que la tiene abandonada, el fuego amoroso en que se consume.

Para dar á entender que una y otra figura representan algo, se les han puesto heridos corazones, no en los costados respectivos, sino en mitad del pecho; con el índice en la mano izquierda, como si ambos fueran zurdos, señalan á los corazones, así Jesús como María.

¿Son propias de un templo católico imágenes semejantes? ¿No se le ha de ocurrir al más lerdito que en aquella guisa, tan remilgados, con tanta estrellita y tanto ramito bordados en los templos y en las túnicas, con tanto afeitado y tanto perfume, no anduvieron por la Palestina el Salvador y su divina madre? Contemplando aquellas figuras, ¿cómo ha de formarse idea de la serena majestad del Cristo y de la resignación de su excelsa madre? Con imágenes como éstas se pervierte el sentimiento religioso, y vamos llegando á que todo sea teatral y amanerado en el templo.»

Nada, lo dicho; es para mí una verdadera mina este *Católico Rancio*. Probablemente no le agradarán mis elogios, y desde el fondo de su alma ortodoxa lamentará que su amor á la verdad y la justicia le proporcionen aplausos de un impío; pero como cada cual atiende á su juego, y el mío gana con hacer patentes las acusaciones que á la Iglesia y sus ministros lanzan los mismos que en ella comulgan, siga *Un Rancio* diciendo, que yo iré copiando y comentando.

VAMOS PROGRESANDO

Una comisión del cabildo de Córdoba recibió á la infiel embajada marroquí al entrar en la catedral.

Encantador hallo esto, porque demuestra bien á las claras que aquí nadie tiene ya fe, ni los mismos que viven de ella, y que, en cambio, la educación va penetrando hasta en las últimas capas, las pluviales.

Un colega católico, explicando esto, dice:

«Si los católicos son intransigentes con el error, son, sin embargo, tolerantes y corteses con los que lo profesan, y no desean que el pecador muera, sino que se convierta y viva. Esto explica la conducta del cabildo de Córdoba, lo cual no contradice la firmeza é inmutabilidad de los principios católicos.»

De todo lo cual deduzco que si yo un día, embajador voluntario de Satanás en la Tierra, entrase en una catedral á tomar el fresco ó á recrearme en la contemplación de sus bellezas artísticas, me vería rodeado de mangas y de pendones, y agasajado como cualquier embajador marroquí.

Haré la prueba, y para hacerme agradable del todo á los que me reciban, iré provisto de unas cuantas pesetetas y las echaré en los cepillos que encuentre al paso. Siempre es mejor dar que recibir.

Los que tendrán que oír hablando de lo del cabildo, serán el cardenal Monescillo, el presbítero Montaña, *Un Católico Rancio*, y cuantos señores se indignaron por el recibimiento que las damas de la aristocracia madrileña hicieron á los moritos; pues paréceme más grave, desde el punto de vista católico, el que los cabildos procuren congraciarse con aquellos, que el que las señoras, hembras al cabo, luzcan sus atractivos ante los hijos de Mahoma.

Pero, en fin, allá se las arreglen. Yo declaro que estoy contentísimo de que las gentes del oficio les den ya tan poca importancia á estas cuestiones de moros y cristianos, y de fieles é infieles, por ser una señal evidente de que todos vamos estando en el secreto.

LIBRO INTERESANTE

El diputado Sr. González Fiori ha publicado un libro titulado *La Justicia y don Venancio González*, justificando con pruebas la querrela por esta que contra el exministro presentó.

Don Venancio ha contestado, no con otra querrela por injuria y calumnia contra el Sr. Fiori para que purgue en presidio su denuncia, como sería natural y justo si resultare falsa, sino lloriqueando en el Senado y recabando de sus compañeros, y, lo que es más significativo, del ministro de Gracia y Justicia, demostraciones que prejuzgasen la cuestión en el Supremo, de cuyo fallo está pendiente la querrela.

Hemos hablado ya tanto de esto, que vamos á limitarnos hoy á recordar al Sr. Fiori lo que le dijimos hace meses, y que le pareció absurdo y monstruoso:

«Pierde usted el tiempo; don Venancio será absuelto. La ley es igual para todos y los jueces son muy justos; pero como están sujetos á error, por ser hombres, no es extraño que en ocasiones sus fallos no vayan de acuerdo con la justicia. El que casi siempre sus errores favorezcan á los que están en la altura, es un accidente de mera casualidad, tal vez algo fatal que se les impone.

Conformémonos, pues, con lo que no podemos evitar, y confiemos en una justicia superior y perfecta que castigue á los culpables por toda una eternidad, dándoles para tonificarlos baños de aceite hirviendo, y para descanso lechos de alfileres. Y esta santa y salvadora esperanza nos consolará de las deficiencias de la justicia humana, tan falible y deleznable como nuestra propia naturaleza. Amén.

COSILLAS

Tenía el hombre 22 años y mucha hambre. Al pasar por la calle de Ciudad Rodrigo vió en el escaparate de una taberna varias tortillas, y rompiendo el cristal se apoderó de ellas, y huyó. A los pocos instantes fué detenido.

Pues ya está aviado; no se librará del presidio. En vano vengo años y años recomendando que, puestos ya á robar, roben mucho. Nada, como si predicara en desierto.

Hay gentes muy estúpidas, á quienes no les entra en la cabeza que debe robarse para vivir en grande, comer bien, vestir mejor, tener carruaje, queridas, etc., etc.; mas no para comer; porque en este caso la ley dice. «¿No quieren más que comer? Pues asegúrelos por unos años el rancho en el presidio.» Y á él los manda, por lógica, y hasta por humanidad.

Así, á robar mucho, ó á ser honrados. El robo no debe figurar en el cuadro de las industrias modestas.

Leo en un periódico clerical:

«Mr. A... tesoro de las escuelas laicas de Tolosa, venerable de una logia masónica, ha desaparecido en compañía de 20.000 francos.

Una vocación torcida. Ese hombre había nacido para director de una Sacramental, tesoro de los fondos del Vaticano, administrador de los del cabildo de Sevilla, depositario de legados para construir escuelas y hospitales en Cabezón de la Sal, ó cualquiera de esos cargos donde los clericales lucen sus habilidades.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

De la Pastoral publicada estos días por el arzobispo de Zaragoza:

«Confesemos que todos somos pecadores, con especialidad, añadiremos por cuenta propia, los que presidimos en altos cargos.»

Esa noble declaración justifica la campaña moralizadora de *El Motín*. Si todos los curas son malos, hasta los morados ¿qué acción más meritoria puede ejercerse que la de procurar atraerlos al buen camino á fuerza de cariñosas fraternas?

Siga, pues, la moralización.

Granada.—Estudiantes medicina antes recorrer calles tocando música, postráronse iglesia Sacro-Monte y virgen Angustias, dedicando á ésta primicias trompetazos, para que no se resintiera.

«¡Qué monfismos! ¡Tan jóvenes y ya tan lilas! El obispo, cuyo amor á la juventud es proverbial, debe estar encantado con ellos, y exclamar en los ratos que no esté bajo la inspección de sus familiares: «¡Dejad que esos jóvenes se acerquen á mí!»

Calañas.—Frailes dicen trabajar más que obreros campo, y ganar mejor que ellos pan.

Tienen razón los infelices. Relevémosle de su rudo trabajo, poniéndoles un azadón ó un pico en la mano, y encomendemos su penosa faena á los braceros. No es justo que los desdichados frailes trabajen tanto.

Betanzos.—Cura increpó duramente conductores difunto por ir despacio y ser hora almuerzo, retirándose de entierro. Acompañantes protestaron.

No lo entiendo. Comprendería que hubiesen bailado de gusto. ¡Son tan feos y tan antipáticos, con sus panzas subversivas y sus pienes descomunales!

¡Protestar porque se aleje de nosotros un cura! ¿Qué dejamos entonces para cuando se nos acerque?

Mahón.—Dependiente consumos sacó debajo sotana á dos curas sobreasadas, salchichas, etc.

Los sacerdotes introduciendo de matute carne de sus dos últimas sílabas! ¡Oh vilipendio! ¡Oh siglo!

Orense.—Clérigo robáronle tres mil y pico pesetas.

Me alegro, porque así le quitaron tres mil y pico de tentaciones de á peseta, aparte de la crueldad que revelaba el guardar en sus arcas esa suma mientras fenecían de hambre los pobres de su feligresía.

Santiago.—Arzobispo recomienda párrocos colocación pararrayos templos.

Tiene, por lo que se ve, las mismas ideas que yo acerca de la Providencia. Reciba mi felicitación, al par que Santa Bárbara mi pésame por haber quedado cesante en aquella diócesis.

Contazano. (Italia).—Seminarista disparó varias veces revólver rector seminario hiriéndole gravemente. Por poco escabecha obispo.

Es lástima que por ese pequeño detalle, tan buen seminarista no llegue á presbítero. Habría enaltecido la clase.

Lugo.—Seminaristas peleáronse. Herido uno navajazo vientre.

Querría enterarse el que le dió la masca de sí había comulgado aquel día. ¡Y olé los chulos místicos!

Zafra.—Bóveda iglesia colegiata cayó sobre coro, destruyéndolo.

Y la redacción de *EL MOTÍN*, tan firme.

DISPAROS

Se aumentan 90000 pesetas en el presupuesto de Fomento con destino á las cátedras de religión y moral en los Institutos.

Todo el efecto de la enseñanza de los curas lo destruye uno sólo que imite al catedrático aquel de Corbán. Por lo tanto, no me inquieta el efecto de esa propaganda, sino los cuartos que cuesta.

Un tío que ha sido alcalde agredió de una manera villana á un periodista en Linares.

Ese no puede decir aquello de que más vale ser bruto que alcalde, porque ha sido ambas cosas á la vez.

OBRAS

QUE SE DARÁN Á LOS SUSCRITORES DE *EL MOTÍN* CON EL 50 POR 100 DE REBAJA.

DE 3 PESETAS

Madama Bovary, por Gustavo Flaubert.

Mademoiselle de Maupin, por Teófilo Gautier.

Cantes flamencos. Colección escogida.

Bajo los tilos, por Alfonso Karr.

El camino más corto, por el mismo.

Una hora más tarde, por el mismo.

Los tres mosqueteros, por Dumas, dos tomos.

Veinte años después, segunda parte de *Los tres mosqueteros*, por el mismo, dos tomos.

La guerra de las mujeres, por el mismo, dos tomos.

Coba, por Luis Bonafoux.

(Se continuará.)

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.